

CRISIS AMBIENTAL: PÉRDIDA DEL CUERPO Y DE LA TIERRA*

ANA PATRICIA NOGUERA DE ECHEVERRI**

Recibido: 16 de septiembre de 2012

Aprobado: 17 de octubre de 2012

*“No puedo diferenciar las lágrimas de la música’ (Nietzsche).
Quien no comprende esto instantáneamente,
no ha vivido nunca la intimidad de la música.
Toda verdadera música procede del llanto,
puesto que ha nacido de la nostalgia del paraíso”
(Ciorán, 1988: 29)*

En el libro *El Reto de la vida*, publicado en 1996, el filósofo ambiental **Carlos Augusto Ángel Maya**, construye un concepto de Ambiente que cambia el curso de los estudios ambientales: el ambiente emerge de la relación entre **la Cultura y el Ecosistema**.

Los estudios ambientales hasta el momento de escritura de Carlos Augusto, se habían ocupado del ambiente como recurso natural, como objeto o como sistema, decía en 1991 el filósofo Daniel Vidart. El ambiente era entonces “el entorno” sistémico en el mejor de los casos, pero aquello que rodeaba al ser humano, aquello “que estaba por fuera” del sujeto, la naturaleza encomendada al hombre, quién debía entonces conservarla, cuidarla, “explotarla” adecuadamente de tal manera, que las generaciones futuras tuvieran la misma calidad de vida, decía la señora Brundtland (1987) en su informe titulado “Nuestro Futuro Común”, que las generaciones presentes –valga la aclaración–, de humanos.

* Ponencia presentada en el marco del VI Simposio internacional Cultura y Droga entre el 12 y 14 de Octubre de 2011.

** Filósofa, Doctorado en Filosofía de la Educación, Universidad Estatal De Campinas, Brasil. Titular Universidad Nacional de Colombia. Directora del Grupo de Pensamiento Ambiental, Universidad Nacional de Colombia sede Manizales. Correo electrónico: panoguera@gmail.com

Si el ambiente es lo que emerge de la relación entre las culturas y las tramas de la vida, el pensamiento sobre lo ambiental se ocupa de esas relaciones en su densidad, en su complejidad, en sus estéticas, en sus movimientos y en sus transformaciones. Cómo, de qué maneras, se han relacionado las diversas culturas con los diversos ecosistemas, es entonces la pregunta ruta, la pregunta océano, la pregunta obsesiva del pensamiento ambiental; la relación entre las culturas y los ecosistemas es el habitar-hábitat, que en potente evocación que Martin Heidegger hace de Homero, esa relación es el *ethos*. **En la conferencia titulada “Construir, Habitar y Pensar”** dictada por Heidegger (1991) a los 6 años del infame y desastroso fin de la Segunda Guerra Mundial, Heidegger coliga el pensar con un construir y habitar poéticamente esta tierra; el pensar emerge del habitar y acontece en un construir, de tal manera que no es posible habitar poéticamente si no pensamos, y esto no es posible si el construir solamente es un edificar midiendo del suelo y mercantilizando la habitación.

Hoy, ante el pensamiento ultramoderno que asume la globalización como expresión de una economía única, una manera de producir única, una manera de pensar única y una sola manera de habitar la tierra, el pensamiento ambiental re-piensa las palabras “habitar la tierra”, no en el sentido de la política pública sobre la tierra como propiedad del Estado o como propiedad privada; ni en el sentido de región ligado con reino, rey, regimiento; ni en el sentido meramente funcional o económico: división de la tierra en segmentos cuantificados en kilómetros cuadrados, o región como una parte de la tierra que pertenece a una nación, una colectividad o un individuo, sino como lo anuncia **Frida Kalho en su obra “Raíces” de 1943**, en el sentido de tejido de vida simbólico-biótico, donde la tierra en sus permanentes maneras de habitar-se, va configurando diversas maneras de habitar-la. Las poéticas del hacer de la tierra son las que orientan cómo debe habitarse dicha trama... el pensamiento ambiental en estas claves es un geo-pensamiento que se configura solo en tanto alteridad que permite la comprensión de la tierra-diversa que somos.

Dice Augusto Ángel recordando a Nietzsche, que su pensamiento tan profundo como polémico, abre posibilidades de un pensamiento ambiental en tanto que el hombre de Nietzsche es aquel que se aferra a la tierra (*cf*: Ángel Maya, Carlos Augusto, “La razón de la vida”, 1998).

¿Y qué es aferrarse a la tierra en estos tiempos en que la tierra se ha reducido a mercancía, y los estudios territoriales, las políticas regionales e incluso las ambientales

piensan la tierra del hombre y no el hombre de la tierra? Qué potencia pueden tener las palabras “habitar la tierra” en este nuestro tiempo en el que la manera del vivir moderno en la tierra es **matándola, odiándola, devastándola, cosificándola y mercantilizándola**, como ya lo profetizaba Francisco de Goya en esa pintura de 1819 y que tituló “Duelo a garrotazos”, o como dice Michel Serres (2011: 143) en sus *Variaciones sobre el cuerpo*: “la guerra mundial no es la del 39 al 45; es la guerra que le hacemos al mundo: aquella que producimos en el mundo y contra el mundo”.

La pérdida de la tierra es la pérdida de la casa, del nicho, del hogar, del nido y del cuerpo que somos. ¿Y qué significa esto? Perder la tierra no es haber perdido propiedad sobre ella; hablaré de una pérdida distinta, relacionada con las bases de nuestra civilización; una pérdida que se podría comprender, en clave mítico-poética con la pérdida del paraíso terrenal; una pérdida efecto de la escisión entre el hombre occidental y la naturaleza, y que en mi libro *El Reencantamiento del mundo* (Noguera, 2004) colocho como uno de los orígenes, tal vez el más potente, de la crisis ambiental que estamos viviendo; una pérdida que de diferentes maneras se expresa en la melancolía de los pintores, músicos y poetas del romanticismo, como lo expresa ese hermoso óleo del pintor romántico Caspar David Friederich: “**Mujer en el ocaso**” de 1818; una pérdida que es semejante a la pérdida de la madre-padre que es la tierra; una pérdida que nos ha reducido a sujetos racionales. Así hemos sobrevivido en la tierra en estos últimos 300 años: sin tierra natal, sin cuerpo, sin madre, sin padre, sin mitos fundantes; tal ha sido la condición de orfandad de nuestra cultura, condición que como dice bellamente Walter Benjamin, nos ha sumido en la desolación propia de quienes lo han perdido todo; sin casa y sin cuerpo; sin mitos, sin padre y sin madre... ¿qué nos queda? Buscar refugio permanente en la ilusión de otro mundo, otra vida, otros cuerpos, otras maneras de sentir, que en esta Modernidad son coptadas por las lógicas del mercado. Huir de una cultura des-terrada, des-hogarada, des-arraigada; de una raza ingrata y sin paz, que ha sentado las bases de su cultura en una razón que la piensa única, universal, punto cero, alfa y omega de todo lo viviente; una cultura que ha creído ser única y universal; una cultura que además, para serlo, ha roto amarras con la naturaleza, con la tierra, con la plétora de la vida, según el concepto kantiano de libertad, que trágicamente expresara **Eugene Delacroix en su “Libertad guiando al pueblo” de 1830.**

Escindidos desde el origen de esta civilización, hemos errado entre la nostalgia y la melancolía: nostalgia de un paraíso perdido, melancolía y hastío de un presente sin sentidos y sin lugar, donde la fugacidad, la transitoriedad, la rapidez del tiempo que

pasa, la mundialización, la homogenización y la globalización, atrapan el deseo de alteridad.

Renunciamos a un habitar poético. **Renunciamos a habitar la tierra y a que ella nos habite en rito, en danza, en canto, musicalmente.** Construimos mundos ilusorios a través de las grandes utopías del desarrollo y progreso de las naciones en la Modernidad como proyecto de realización de la razón. Mundos ilusorios en los discursos de la ciencia y la tecnología; mundos ilusorios en las pretensiones de universalidad de la filosofía occidental moderna; mundos ilusorios en la matematización del mundo. Hipotecamos la tierra a esos mundos ilusorios, que en algún momento nos han ofrecido un vivir mejor y no el buen vivir que anuncia la bella palabra-*ethos* Abya-yala.

La tragedia de la escisión fundacional de Occidente consiste en haber creído ser amos y señores del tejido de la vida, siendo un mero hilo en la trama de la vida; haber creído que la libertad consistía en dominar la naturaleza, siendo apenas una emergencia de ella. Haber creído en la infinitud de la razón siendo ella misma una reducción mínima de lo humano... haber creído ser humanos sin naturaleza, cuando solo es posible serlo en ella... haber despreciado la tierra, siendo ella nuestra madre. Haberla reducido a objeto, siendo ella un enigma maravilloso, indescifrable y misterioso. Haber creído que la ciencia podía explicar la vida, cuando en realidad la vida no se puede apresar en una fórmula matemática, en un dato, en una cuantificación. La tragedia de esta civilización ha sido haber creído que la naturaleza, la tierra era de su propiedad, cuando somos los humanos los que nos debemos a la tierra.

La herencia judeocristiana y platónica condujo a que la cultura occidental se construyera sobre una especie de estructura dual, soporte de las relaciones de dominio y explotación inmisericorde de las tramas de la vida llamadas "naturaleza". El desprecio por la terrenalidad, la carnalidad y el cuerpo como lugar de lo placentero, se transformó en la modernidad en una actitud de descuido y sojuzgamiento de los frutos y bienes de la tierra. El cimiento del desarrollo sin límites de la ciencia y la tecnología fue la profunda escisión entre cultura y naturaleza que, bajo las figuras de cielo y tierra o alma y cuerpo, llegó a la modernidad para convertirse en sujeto y objeto. La cultura moderna se consolidó gracias a la creencia de que la naturaleza era ilimitada y estaba disponible como recurso para la racionalidad tecnocientífica infinita del ser humano. (Noguera, 2004: 29)

La reducción de las variedades, los acontecimientos y la diversidad de la naturaleza a fórmulas físico-químico-matemáticas en la modernidad, expresó el triunfo de la razón sobre la vida, pero también la pérdida de la tierra como lugar de origen mítico-poético de lo humano. En el mismo momento en que nuestra cultura encontró la manera más sutil y eficaz de dominar la naturaleza para colocarla bajo su dominio, perdió la tierra como el habitar mismo.

En *Heidegger: La voz de los tiempos sombríos*, escribe el filósofo Pedro Cerezo (1991) un hermoso capítulo: “De la existencia ética a la ética originaria”, cito un párrafo francamente iluminador de lo que estoy anunciando en esta conferencia:

Ethos y nomos

Entre estas palabras aurales se destaca el triángulo physis, ethos y logos. El entrelazo de las dos primeras, tal como ha mostrado Riedel, cancela el dualismo platónico de dos esferas independientes, tan decisivo luego en la contraposición moderna de naturaleza y libertad, para presentarlas como radicales indisociables del “todo del ser” que en su “emerger a presencia” (physis) no puede dejar de “concernir propiamente” al hombre (HLL, 216). La unidad de ambos radicales la expresa elocuentemente un temprano texto de Holzwege: “A este surgir y abrirse mismo y en cuanto todo lo llamaron los griegos primitivos Physis. Ella ilumina, a su vez, aquello hacia y en donde funda su habitar el hombre” (Hz, 31). Ethos designa, pues, un rasgo esencial y originario del hombre, pero no como algo que este tenga en su haber, sino, a la inversa, como aquello a que se debe, a lo que pertenece y por lo que es requerido como su lugar de gravitación. Tal como precisa Heidegger, “lo esencial en el ethos, en este permanecer, es el modo como el hombre se detiene en el ente y cómo él se conserva y se deja mantener. El entenderse en relación al ethos, el saber de ello, es Ética. (Cerezo, 1991: 43-44)

La pérdida de la tierra como lugar de origen de la vida y lo humano como emergencia de ella, es a la vez, la pérdida de la tierra como entramado de vida y la pérdida del habitar mismo en tanto morada para el hombre. La pérdida de la tierra en tanto morada, en tanto habitación, en tanto casa, es la pérdida de un modo del *ethos*, que Leonardo Boff (2001) en su *Ética planetaria desde el Gran Sur*, nos advierte como establo para los animales, morada para el hombre... según la idea homérica. **EI**

desplazado, el desterrado, el desarraigado, el errante, el nómada, el vagabundo, el sin-tierra, son figuras poético-políticas, de esta pérdida. Según la evocación que hace Boff de Homero, el *ethos* es el modo como la tierra se expresa para ser habitada por el hombre. La palabra es la manera como el hombre se relaciona con la tierra de la que está hecho, de manera que no es posible separar el *ethos* del *logos*. En Occidente, el *logos* dejó de nombrar la tierra, para nombrar aquello que el hombre occidental construyó, separado, escindido de la tierra: la cultura. El hombre occidental moderno, renunció a lo mítico-poético, en busca de la precisión, la exactitud y el cálculo. Por ello la palabra poética que nombraba la tierra se olvidó y con **Newton**, comenzamos a nombrarla con lenguaje matemático...

Pero volvamos a la palabra de Pedro Cerezo en evocación heideggeriana:

Ethos designa, pues, un rasgo esencial y originario del hombre, pero no como algo que este tenga en su haber, sino, a la inversa, como aquello a que se debe, a lo que pertenece y por lo que es requerido como su lugar de gravitación [...]. Habitar indica una relación esencial de pertenencia al lugar propio y propicio de la existencia humana. (Cerezo, 1991: 44)

El habitar es entonces originario del habitante, que como hábito, lo habita; en tanto habitar este emerge del tejido entre habitar-hábitat-habitante-hábito-habitación.

El habitar como esa apertura para que emerja lo humano, según Giorgio Agambem, como lo abierto a lo humano, está en crisis. La hemos llamado con Ángel Maya, crisis ambiental, alejándonos del concepto emanado del llamado Primer Mundo, de crisis ambiental como crisis de recursos naturales. Alejándonos, distanciándonos en tensión con este concepto absolutamente economicista e instrumental, evocamos a Heidegger y a nuestros pueblos originarios, los Hopis, los Kunas, los Uwas, los Aymaras, los Mapuches... que llaman madre a la tierra, y que su resistencia política no está en recuperar la tierra como propiedad, sino en enseñarnos que somos de la tierra. Somos del habitar, somos del *Oikos*, somos de la *Physis*. Ser humano es entonces comprender la lengua de la tierra que es la Maestra que enseña cómo habitar. **El habitar es el *ethos* mismo desplegándose en lo humano y lo humano desplegándose en el *ethos***, “como aquello a que se debe, a lo que pertenece y por lo que es requerido como su lugar de gravitación”.

Sin tierra, sin *ethos*, sin cuerpo, la cultura moderna se aboca a la angustia que se expresa en la obsesión por las cosas, el consumo sin límite, la explotación, la ambición. La adicción a la riqueza, al capital, al petróleo, al carbón, al oro, al cobre, al níquel, a la energía, se expresa en los proyectos de investigación de las universidades y multinacionales que actualmente no pueden parar. Incapaces de contener las fuerzas de la naturaleza que la ciencia y la tecnología han creído conocer y dominar, estamos viviendo el tránsito, el paso doloroso del fin de esta civilización y tal vez el inicio de una nueva cultura. Occidentales que somos, devoramos la tierra; puesta a nuestro servicio, pareciera que no podemos detenernos y cambiar de dirección, pensar de nuevo lo ya pensado. No habitamos la tierra: nos la hemos tomado. Sin comprenderla, sin escucharla, ella y todos sus secretos se han convertido en mercancía. Lo vivo y todos sus misterios, las maneras como cada planta, cada animal nos afecta, se convierte en negocio, en mercancía, en objeto de enriquecimiento.

Sin tierra y sin cuerpo, somos un ego, sin carne, un sujeto, trascendental, universal, idéntico, desolado y **des-hollado**: sin piel. La desolación, producida por la reducción del mundo a dato, cuenta, riqueza o recurso, se cura con fármacos producidos por la industria química farmacéutica, que ha reducido el mundo misterioso y enigmático del poder de la naturaleza a un objeto mercantil; los misterios de la tierra; las fuerzas enigmáticas e indescifrables de la vida y las maneras como esas fuerzas afectan la misma trama de la vida, se mercantilizan. Y nosotros, adictos al consumo, al confort, al capital; sujetos sin cuerpo, sin tierra, sin piel, objetos intercambiables, mano de obra, funcionarios cuantificados, en un mundo calculado, nos tornamos adictos a aquellas fuerzas poderosas que nos permiten conectarnos con esa naturaleza oculta y maravillosa que perdimos en nuestro viaje civilizatorio. Esa naturaleza a la que le hemos declarado la guerra; esa naturaleza, culpable de todas nuestras desdichas, según lo declaraba hace poco un periodista de CNN cuando comentaba la “violencia” –decía él– de la naturaleza; esa naturaleza oculta infinitos secretos que solo el humano ritual, el humano en gesto respetuoso, el humano en serenidad y meditación, es capaz de disfrutar en ataraxia, sin adicción. Pero el humano moderno, rotas las amarras con la naturaleza, no puede desligarse de la esquizofrenia cultural que lo atraviesa y constituye. Por ello, nuestra civilización tiene una enfermedad que se llama locura. Esta palabra viene de “*locus*” que significa habla. Quien habla por fuera de la lógica de Occidente, quien habla en lógicas desconocidas, con acentos y musicalidades desconocidas, quien siente lo desconocido y no lo puede nombrar, está loco. Loco es el que está por fuera de las lenguas occidentales. Loco es aquel

que vive de otro modo a como viven los occidentales... pero loco también es aquel que permite que en él hablen otras lenguas. ¡El yo se convierte en otro! El yo que habla la lengua de la tierra, es considerado loco y necio. El que habla en las lógicas del mundo calculado, es considerado científico. Quien habla la lengua de la tierra, está en la oscuridad. Quien habla la lengua de la razón instrumental, está en la luz.

La obra **“Duelo a garrotazos”**, nos permite comprender la guerra que esta cultura esquizofrénica le ha declarado a la tierra: es la guerra de hombres contra hombres, donde en nombre de la humanidad que es un concepto eurocentrista, los hombres que creen ser “la humanidad”, matan a los otros, aquellos que no son La Humanidad, pero mientras se matan (los garrotes son metáfora de todo tipo de armas, desde los palos hasta la bomba atómica) están destruyendo la tierra, se están hundiendo en ella, la están perdiendo.

El pensamiento moderno ha sido un pensamiento contra la tierra. Nunca se había odiado tanto a la tierra como ahora, decía Michel Serres (1991) en su libro *El contrato natural*, donde hace una crítica desde la Ecología Profunda al contrato social. Serres (1991: 63), sabiamente dice, refiriéndose al “Contrato Social” con el que se inaugura la modernidad: “curiosamente mudo sobre el mundo, ese contrato (dicen los filósofos del derecho natural moderno) nos hizo abandonar el estado natural para formar la sociedad”. Curiosamente, ese contrato social nos colocó en un afuera del mundo, objetivado, cosificado, fijo, dispuesto para nosotros, dado. Curiosamente, la historia nos escindió del tiempo de la vida, del tiempo que hace.

Y escindidos de la tierra, des-terrados de nuestra casa, absolutamente desolados, odiamos el mundo, despreciamos la tierra; solo un odio y desprecio profundos por la tierra han potenciado el trato ingrato y taimado que le damos. La tierra se ha convertido en un campo de concentración, donde todo es mercancía. Las distintas especies incluyendo la humana, la tierra toda, es vista actualmente como fábrica de producción industrial. En la educación actual, la globalización del mercado oculta las singularidades no para respetarlas sino para hacer de ellas objeto de deseo, ilusión de alteridad, que el *marketing* y la publicidad cooptan. La tecnología que se desarrolla en las universidades, busca apoyar las leyes del mercado y no comprender la lengua de la tierra y ello es des-tierra. Des-arraigo. Son dos lógicas, dos maneras, dos pensamientos, dos sentidos opuestos, antagónicos, donde la lógica del mercado global, le ha declarado la guerra a la lengua de la tierra, a la vida en toda

su complejidad. La educación busca olvidar que somos tierra, que estamos hechos de tierra, como nos lo recuerda bellamente **Magritte en su obra “El seductor” de 1953**. En esta pintura, el mar es tierra, la tierra es mar y el barco: metáfora del habitar humano, es tierra-mar. Estamos hechos del lugar que habitamos.

La singularidad del *ethos* ambiental es que este emerge de la tierra, como territorio conceptual que permite habitar la tierra poéticamente. El pensamiento ambiental se ocupa entonces de la inmanencia, la itinerancia, la emergencia y el contacto de los cuerpos-tierra que somos, ocupación que entonces interroga el entramado de la cultura; sus símbolos, sus signos, sus acontecimientos, sus maneras de pensar-habitar-construir (Heidegger), sus leyes, sus formas de organización, sus técnicas, sus maneras de ser. La invitación del Pensamiento Ambiental nuestro, el emergente de las voces de Abya-yala, en consonancia-disonancia con las voces de la tierra, es la comprensión de la lengua de la tierra.

Esta es absolutamente diversa. No es posible la unificación en la universalidad simplificante de la vida. Por ello, la gravedad de los problemas ambientales es profunda y en complejidad creciente como la vida. Frente a la pretensión del pensamiento moderno universalista de explicarlo todo a partir de leyes, principios, órdenes y paradigmas universales, el pensamiento ambiental solo puede pensar en clave de las narraciones y los relatos que configuran las diversas lenguas de la tierra. En esto el pensamiento ambiental procura acercarse-afectarse por las maneras diversas como otras culturas o mejor culturas-otras se relacionan con la tierra. Esas culturas-otras solo tienen en común que se declaran tierra, hijos de la tierra, emergentes de la tierra. Su ley de origen es la tierra. Su gran madre. Su protectora, su sabia consejera... ella habla, pero educados en las lógicas del mercado, la voz de la tierra nos en-loquece. La música, que según Ciorán (1988: 29) “procede del llanto, puesto que ha nacido de la nostalgia del paraíso” nos evoca la lengua de la tierra. Evoca sus misterios indescifrables, sus ritmos, sus silencios, sus acordes, sus disonancias. Ella, la música, es lugar, *oikos*, nicho, morada; como la tierra-casa, la música es bella manera de sentir la vida-muerte...

Tal vez por ello, estoy aquí: para invitarlos a pensar las relaciones entre culturas y drogas en clave de la relación entre culturas y entramados de vida... o quizás para pensar que las formas violentas como esta relación se ha tejido entre la cultura moderna y las tramas de la vida, solo expresan la desolación, la ausencia de cuerpo

y de tierra natal, en esta cultura adicta al petróleo, al oro, al níquel, a la energía... al desarrollo, al dinero.

BIBLIOGRAFÍA

- Ángel Maya, Carlos Augusto. (1996). *El reto de la vida. Ecosistema y Cultura: Una introducción al estudio del medio ambiente*. Bogotá: Ecofondo.
- _____. (1998). La razón de la vida. La filosofía moderna. Spinoza, Hegel, Marx y Nietzsche. *Cuadernos de Epistemología Ambiental*, 4. Manizales: Universidad Nacional de Colombia.
- Boff, Leonardo. (2001). *Ética planetaria desde el Gran Sur*. Madrid: Editorial Trotta.
- Brundtland, Gro Harlem. (1987). *Nuestro Futuro Común*. ONU.
- Cerezo, Pedro. (1991). De la existencia ética a la ética originaria. En: Duque, Félix et al. *Heidegger: La voz de los tiempos sombríos*. Barcelona: Serbal, S.A.
- Ciorán, E. M. (1988). *De Lágrimas y de Santos*. 1ª ed. España: Tusquest Editores.
- Heidegger, Martin. (1991). Construir, habitar y pensar. Traducción de Karin S. de Poortere. *Revista Ingeniar*, 6: 49-53 y 7:19-26. Manizales: Universidad Nacional de Colombia.
- Noguera de Echeverri, Ana Patricia. (2004). El reencantamiento del mundo. Colombia: Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA) - Universidad Nacional de Colombia.
- Serres, Michel. (1991). *El contrato natural*. Valencia: Pre-textos.
- _____. (2011). *Variaciones sobre el cuerpo*. Fondo de Cultura Económica.